

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

SEMANA SANTA 2011

Misa Crismal

21 de abril de 2011

Saludo a todos con afecto y gratitud por vuestra presencia. Doy gracias a Dios por vuestra fe, por vuestra vida y misión en la Iglesia como presbíteros y diáconos, como religiosos y religiosas, como laicos y laicas.

A todos y cada uno muestro mi cercanía en esta celebración de la Misa crismal, que es —podemos decir— eminentemente sacramental, ya que serán bendecidos en ella el óleo de los catecúmenos y el de los enfermos y será consagrado el santo crisma, por el que participamos particularmente de la unción de Jesús el Cristo, el Ungido por excelencia, a través de los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y el Orden sacerdotal.

Agradezco a cuantos colaboran en la catequesis del Bautismo y la Confirmación, en la pastoral de la salud, y en la preparación de los candidatos al ministerio sacerdotal y diaconal. Ya desde ahora pedimos al Señor por todos los que serán ungidos con estos aceites santos dando un paso importante en el recorrido de la fe en Jesucristo, de su inserción en la Iglesia y de su vida como discípulos del Señor. Desde la Catedral, como Iglesia-madre de la Diócesis, se difunde la gracia sacramental, por la que bendecimos a Dios.

«*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido»* (Is 61,1; Lc 4,18). Estas palabras

como deshabitados y vacíos, desganados y cansados con una fatiga que no procede del trabajo sino del alma.

En esta celebración, querido D. José, arzobispo emérito, queridos presbíteros, queridos diáconos, renovamos las promesas que hicimos el día de nuestra ordenación sacramental, uniéndonos a Jesucristo que se ofreció por nosotros en la cruz, que anticipó su entrega en la Última Cena con los discípulos y que se actualiza en el sacramento de la Eucaristía que celebramos en conmemoración suya. Renovamos las promesas con gratitud a Dios y poniéndonos confiadamente a su disposición para ser enviados como apóstoles y testigos. Somos obispos, presbíteros y diáconos por su elección y no por nuestros méritos; no somos espontáneos sino enviados.

Escuchamos todos y cada uno la exhortación que san Pablo nos dirige: *«Reaviva el don que hay en ti por la imposición de mis manos, pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor, de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios»* (2Tm 1,6-8) Mientras podamos, mientras las fuerzas aguanten no dejemos de participar en los trabajos, los gozos y los sufrimientos por el Señor, por el Evangelio y por los hermanos. No seremos felices huyendo; nuestra dicha, nuestra gloria y nuestra vocación consiste en gastarnos y desgastarnos en el cumplimiento del ministerio confiado. Aunque experimentemos vivamente nuestra fragilidad, aunque abunden las dificultades exteriores e interiores, recordemos siempre las palabras de Jesús a Pablo: *«Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad»* (2Co 12,9).

Os agradezco, queridos hermanos sacerdotes, vuestra dedicación al ministerio recibido, vuestra perseverancia, vuestra generosidad, vuestra colaboración con el obispo para llevar adelante en nuestra Diócesis la misión pastoral. Esta fidelidad es tanto más preciosa cuanto más recios son los vientos que soplan en sentido contrario. El Señor no se ha bajado de la barca y no se arrepiente de las promesas que nos ha hecho; puesto en pie manda nuevamente al viento y al mar que se apacigüen y a nosotros nos dice: *«No tengáis miedo. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»* (cf. Mt 8,23-26; 28,20).

Hablemos cada día con Dios de nuestros fieles para poder hablar a nuestros fieles de Dios. Que la fe orante rompa la propensión a la rutina, la superficialidad y el descuido a realizar espiritualmente las acciones de nuestro ministerio. Sin la oración, que despierta y anima la fe, perderíamos el atrevimiento para hablar con entusiasmo y convicción, abierta y limpiamente de Dios, en nuestro mundo que ejerce a veces una presión secularizadora.

Mañana, Viernes Santo, recordamos especialmente a los cristianos que viven en la Tierra de Jesús y cuidan de los santuarios diseminados por el país. Si allí nació, vivió y murió el Salvador, y si la Iglesia comenzó allí su existencia y misión, y si de allí hemos recibido el Evangelio, debemos mostrarles nuestra gratitud con la oración, la solidaridad y la colaboración económica (cf. Ga 2,10; 2Co 8-9). A causa de las dificultades especiales que tienen las comunidades cristianas para poder vivir con libertad de movimientos y con suficiente estabilidad, sin padecer amenazas ni violencia, aspirando legítimamente a vivir como ciudadanos sin peligros ni discriminación, sienten los cristianos la tentación de salir a otros sitios buscando horizontes económicamente más desahogados y socialmente más seguros. Pero visitar la tierra de Jesús sin comunidades cristianas sería poco más que contemplar ruinas milenarias y monumentos memorables que evocan un pasado singular, pero con poca vitalidad en el presente. El trabajo profesional escaso, las peregrinaciones a los lugares santos y la colecta de la Iglesia el Viernes Santo son la base económica de sustentación de aquellos cristianos y sus familias. Pidamos la paz en aquella región que es condición para una vida digna y el mejor remedio para evitar la emigración de Oriente Medio. Os agradezco la generosidad en la colecta del Viernes Santo para los Santos Lugares.

¡Que María, que dio a luz al Redentor del mundo en el establo de Belén, y se mantuvo en pie junto a la cruz de Jesús en el Calvario de Jerusalén, nos sostenga con su intercesión maternal en las horas de prueba! La angustia por Jesús muerto en sus brazos se cambió con la resurrección en luz de esperanza.